

El Cordobazo, su alcance histórico y vigencia a 50 años

*Mesa redonda desarrollada en la facultad de
Ciencias Sociales de la UBA el 1 de junio de 2019*

Eduardo Grüner

Facultad de Ciencias Sociales - UBA

Buenas tardes, muchas gracias por la invitación y por estar aquí en forma tan multitudinaria, y gracias por la invitación por parte de la cátedra de Néstor Correa, y yo también, a través de la cátedra de Néstor quiero recordar y dedicarle esto a la memoria de un gran amigo, además de muchas otras cosas, que fue Pablo Rieznik.

Esta actividad es para recordar los cincuenta años y tres días, si digo bien, del así llamado “Cordobazo”. Como decía Lucas Rubinich, no fue evidentemente lo único que pasó en esos finales de los años sesenta en la Argentina. Sin embargo, por muchas razones muy complejas, el “Cordobazo” condensó de alguna manera y se transformó en el gran símbolo, el gran emblema de todo ese clima de insurgencia en el contexto de la dictadura militar presidida en ese momento por el General Juan Carlos Onganía. Son las imágenes del Cordobazo, por sobre todo, las que circulan y nos han quedado a muchos en la cabeza.

Todos sabemos, o por lo menos tenemos una idea aproximada, sobre que fué lo que

sucedió en el “Cordobazo”. Algunos, no sé si decir por suerte o por desgracia, tenemos la suficiente edad como para haber sido ya grandecitos en esa época o algunos, quizás, incluso, para haber estado en Córdoba el 29 de mayo del año 1969. Me hago responsable a mí mismo de lo que voy a decir a continuación, y es que a muchos nos tomó por sorpresa, no porque fuera una cosa totalmente inesperada, dado el clima de época del cual estábamos hablando, pero sí, por la magnitud y hasta cierto punto el carácter en cierta medida contingente que tuvo la salida a la calle de los obreros y de los estudiantes un día antes de lo que estaba previsto. Porque lo que sucedió es que se había convocado a un paro general para el día 30, y los gremios combativos, Sitrac-Sitram, la CGTA, con Agustín Tosco y otros, adelantaron veinticuatro horas la movilización activa que acompañaría a ese paro general. Es decir, que en efecto hubo cierto carácter contingente o azaroso, si ustedes quieren, pero por supuesto ningún azar y ninguna contingencia es una totalidad en sí misma, depende de cómo se integre, digamos, en una situación estructural que, hasta cierto punto, hacía prever algún tipo de acontecimiento de ese tipo a pesar de todas las dificultades, incluyendo los frenos de la burocracia sindical y demás, que se levantaban ante ese movimiento. Lucas citaba la *Iliada*. Y efectivamente, antes en la épica homérica como después en la tragedia, estaba ese gran peso de lo que se llama el destino. Pero contra lo que muchas veces se piensa, el héroe trágico no es el que indefectiblemente cae en las manos del destino sino el que a pesar de saber que tiene todas las de perder, se rebela contra ese destino que parece ineluctable: claro que en la tragedia el héroe o heroína es individual, es un Edipo o Antígona, o quien corresponda. Acá estamos hablando de otro tipo de héroe, otro tipo de personaje, de sujeto. Es ese sujeto colectivo que, de manera fundamental, no únicamente, pero sí de manera fundamental son trabajadores fabriles, obreros, proletarios convergiendo con el movimiento estudiantil. Hay una pregunta que inevitablemente surgió en aquel momento, y que de algún modo sigue siendo una pregunta hasta el día de hoy, que no siempre es respondida de la misma manera, y es ¿Por qué Córdoba? ¿Por qué alcanzó esa magnitud? ¿Por qué se produjo ahí en Córdoba?

Recuerdo, yo era estudiante de la carrera de Sociología en esa época, que funcionaba en la facultad de Filosofía y Letras de la calle Independencia, y un profesor muy recordado de esa carrera, que se llamaba Roberto Carri –luego desaparecido por la dictadura- formuló una hipótesis: él decía que se había producido en Córdoba, porque Córdoba era la encrucijada (hablando de tragedia griega, donde los cruces fortuitos de caminos forman parte del destino, como le ocurre a Edipo), se había producido una encrucijada entre las tres principales contradicciones de la modernidad capitalista en los países semicoloniales o dependientes: la contradicción de clases, la contradicción imperialismo-nación y la contradicción capital-interior. Sin duda era una fórmula ingeniosa, pero que enunciada así, dicho sea con todo respeto por el lenguaje de ese docente y militante desaparecido trágicamente en la dictadura, enunciada así era un poco abstractamente formal, si uno no la llena de los contenidos históricos concretos que se movían por detrás de ese pedazo de historia. Cosas como –desde el punto de vista del movimiento estudiantil-, obviamente la gran tradición de lucha de los estudiantes cordobeses desde la reforma universitaria de 1918. O, desde el punto de vista del proletariado, el importante desarrollo fabril que existía en la ciudad de Córdoba y sus alrededores. En aquella época, sobre todo en la industria automotriz, existía una camada de obreros relativamente jóvenes, formados, y bien pagos. Esto también era señalado por Carri y fue parte de una discusión de la época. La perplejidad que producía el hecho de que ese movimiento que llegó a ser tan radicalizado, fue llevado adelante por los obreros, los trabajadores, mejores pagos del país, una aparente paradoja, que tiene muchas y complejas

explicaciones. Pero era así, muchos de esos obreros tenían auto: como trabajaban en las automotrices, adquirirían los autos con muchas facilidades, descuentos y demás. Sin embargo, fueron los que radicalizaron ese movimiento. No me quiero detener demasiado, quizás tenemos tiempo de discutirlo después. La pregunta consecutiva es, ¿qué significó y que podría significar todavía hoy en nuestras discusiones políticas? Voy a cometer un tremendo esquematismo, para decir que una pregunta que se planteó después del Cordobazo, cerca de los años setentas, es saber si al gobierno de Onganía lo había volteado el "Cordobazo" o el fusilamiento de Aramburu. Enunciado así es de un reduccionismo indefendible.

Sin embargo, este esquematismo esconde de alguna manera un gran debate de época, es una especie de taquigrafía de la discusión sobre si el movimiento de transformación deseablemente revolucionario, que de alguna manera se percibió en el Cordobazo, era un síntoma, un primer paso, un gran paso, etc. Si esa revolución iba a ser obra de una vanguardia armada, o de la insurrección de masas con sus propias organizaciones de base, insisto, de masas. Me parece altamente simbólica esta discusión para hacer una diferenciación que me parece puede resultar un tanto provocativa, pero me parece que vale la pena lanzarla simbólicamente. Digo, el Cordobazo se produjo en el último año de la década del sesenta y el fusilamiento de Aramburu en el primer año de la década del setenta. Yo creo haberlo escuchado decir o leído a Jorge Altamira, que él no es "setentista", sino, "sesentista".

Todo se puede discutir por supuesto, pero me parece una diferenciación interesante porque efectivamente la gran década de alza revolucionaria mundial inequívoca fueron los sesentas. Fue la década de la Revolución cubana, que fue un año antes, pero que fue al principio de los sesentas que se afirmó como declaradamente socialista. Fue la década de la revolución argelina. La época de Vietnam, de la descolonización africana, de Mayo del '68, de la Primavera de Praga, y así podríamos seguir nombrando una cantidad de cosas, mientras que en la década del setenta, donde sin duda se produjeron luchas importantísimas, pero en un contexto totalmente distinto donde ya se percibían síntomas de los próximos retrocesos y derrotas. Desde lo más general que uno podría nombrar, como la crisis del petróleo, que obligó a una reconversión capitalista y que, en términos políticos, redundó en todos los golpes que se dieron en América del Sur en esa década, el de 1973 en Chile, o nuestro '76, etc.

Entonces esto, que planteado de esa manera esquemática como yo lo acabo de hacer parecería casi anecdótico, está expresando ese gran debate que tiene que ver, y me puedo poner un poco solemne, con un debate entre lo que me animaría a llamar dos grandes filosofías políticas y, por supuesto, sus formas concomitantes de *praxis*, de estrategias políticas y demás. Quiero decir: "la política", o "lo político", podemos pensarlo descendiendo de alguna de las altas esferas y derramándose sobre los sectores populares para que ellos se encolumnen detrás, es decir la política pensada de arriba hacia abajo, o viceversa: la política pensada partiendo de las organizaciones de base, de los sectores populares, desde luego articulándose con una dirección política, pero partiendo de la conciencia y el movimiento de las masas. En aquella época, desde la perspectiva revolucionaria, ese debate se resumía en las estrategias del "foco" o de la "insurrección". Y es interesante también que apenas se produjo el "Cordobazo", muy poquito tiempo después, aparecieron en su momento dos célebres ensayos que todos nos pusimos a leer, en este caso en la carrera de sociología, pero no solamente; que expresaban a su manera esta dicotomía, esta discusión. Y los dos provenían de sociólogos cordobeses. Uno era de Juan Carlos Agulla, el otro de Francisco Delich, en aquel momento vin-

culado un poco lateralmente al grupo Pasado y Presente del también cordobés “Pancho” Aricó. Agulla, en su ensayo, ponía todo el acento del análisis en el problema de las elites económicas que no habían logrado acompasarse, ponerse a la altura del pretendido proceso de desarrollo y modernización que estaba llevando adelante el gobierno. Y, por lo tanto, no había podido tampoco captar la adhesión a ese proceso de desarrollo y modernización de los trabajadores de las industrias más avanzadas. Es decir, lo que parecía preocuparle a Agulla era la falta, o el quiebre de un consenso, este quiebre en un implícito contrato social que suponía que tenía que existir. Cada uno evaluará y pensará lo que quiera sobre la idea de contrato social, una idea que proviene, dicho sea entre paréntesis, del siglo XVII, ¿no? No es una gran novedad. Es decir, proviene de un momento en que comienza el alza de la burguesía revolucionaria de su época, digámoslo así, que tiene que centralizar el Estado, crear nuevas formas políticas que respondan a su creciente hegemonía económica. Pero que entonces no necesita, como sí necesitamos nosotros en una época de decadencia bárbara y no de ascenso revolucionario de la burguesía, tener siempre en cuenta que todo contrato lo que está al mismo tiempo expresando y ocultando, es una relación de fuerza. Si no fuera así, no haría falta hacer un contrato. Entonces depende, digamos, de las proporcionalidades de esa relación de fuerza la naturaleza del contrato. Delich, el otro sociólogo del que hablábamos, contrariamente, y sin necesariamente atenerse a las categorías marxistas ni mucho menos, ponía el acento en la emergencia de las nuevas direcciones obreras. Y en el rol mismo relativamente novedoso, por lo menos de esa forma tan masificada, de la acción obrera en la calle y su búsqueda de la unidad por ejemplo en este caso con el movimiento estudiantil. Es decir, allí donde Agulla ponía el acento en el consenso, en la falta o el fracaso del consenso, Delich ponía el acento en el éxito del conflicto. Es decir, aunque no lo dijera con estos términos, de la lucha de clases y concomitantemente de la lucha de calles, para volver a citar ese célebre libro, libro escrito desde una perspectiva mucho más nítidamente marxista que analizaba efectivamente y en términos muy concretos esa forma de la lucha de clases tal y como se desplegaba en las calles de la ciudad. Porque era realmente conmovedor ver cómo se aunaban (era la época, como ustedes sabrán en que no había teléfonos celulares, mensajes de texto, ni whats app, ni ninguna de esas cosas) los medios de movilización. Era en las motonetas, en las bicicletas, a veces corriendo, que muchos jóvenes, obreros y estudiantes llevaban las noticias de unas barricadas a otras, andaban por toda la ciudad, con un sistema de comunicación “a sangre” digamos, de tracción a sangre fabuloso, entre muchos otros fenómenos. Es decir que también se trataba de toda una sociología urbana del conflicto, sobre la que se podrían escribir varios tratados observando lo que sucedía en Córdoba.

Entonces, bueno, efectivamente hoy no podría suceder lo mismo. Estoy de acuerdo con Lucas Rubinich en ese sentido. El contexto ha cambiado mucho, las circunstancias son muy diferentes, hasta estos aspectos técnicos o logísticos se han modificado de manera fundamental y sobre todo ha sucedido el agudísimo y dramático proceso de desindustrialización que ha ocurrido en las últimas décadas. Esto haría imposible que hoy se articulara igual, que sucediera de la misma manera. ¿Cómo sería? No lo sé, pero esto no significa que estemos diciendo que la discusión sobre el Cordobazo sea un tema de historiografía teórica o de arqueología urbana. Sino que estas discusiones, estos debates, estas polémicas que yo mencionaba otra vez, no es que alguna vez hayan dejado de serlo, pero otra vez, en las circunstancias, en el contexto de crisis que estamos viviendo, se han puesto nuevamente no digo solamente actuales, sino muy urgentes en términos políticos. Es decir, esta búsqueda de cuál es el factor decisivo que al menos potencialmente puede producir una transformación radical de las estructuras existentes. Muchas gracias.